

La misión nacional de Reconciliación, una tarea de toda la Iglesia de Colombia

Humberto Lugo*

Su génesis

ANTES de esbozar sus aspectos fundamentales, quiero volver la mirada a 1988 para resaltar el hecho que le dio origen. Como bien lo pregona su lema: "POR LA RECONCILIACION A LA PAZ", la Iglesia no pretende otra cosa que desarmar las voluntades cargadas por el odio y la violencia para que en un ambiente de auténtica conversión cristiana, vivamos la paz, no la paz que puede instaurar las armas o los simples acuerdos políticos.

El 21 de abril de 1988, el Comité Permanente del Episcopado Colombiano, organismo de la Conferencia Episcopal que hace las veces de la Asamblea Plenaria, cuando los obispos no están reunidos, "después de analizar la situación del país, propuso ideas sobre acciones de la Iglesia colombiana en vista a mejorar la situación actual. El Comité aprobó entre otras las siguientes: promover desde la Conferencia Episcopal un equipo misionero, que con la colaboración de Sacerdotes Diocesanos y Religiosos y bajo la coordinación de Monseñor Fabio Betancur Tirado puedan realizar misiones en las Jurisdicciones que las soliciten, durante tres o cuatro meses" (acta de la reunión del Comité Permanente, del 21 de abril de 1988, pág. 7).

Esta decisión fue aprobada unánimemente por la Quincuagésima Asamblea General del Episcopado el mismo año.

Su desarrollo

En un primer momento, no se creyó que la misión, pensada por el Comité Permanente como una serie de pequeñas misiones

* Coordinador de la Misión Nacional de Reconciliación.

para las Jurisdicciones que las solicitaran, se convirtieran en “una gran empresa evangelizadora”.

La acción del Eminentísimo Señor Cardenal Alfonso López Trujillo, Arzobispo de Medellín y Presidente de la Conferencia Episcopal y el voto unánime de todo el Episcopado generó una serie de actividades que dieron como resultado la actual organización.

Los obispos propusieron, además, que la Misión no sólo respondiera desde el Evangelio y con el Evangelio a la crítica situación del país, sino que fuera también en el tiempo comprendido entre 1988 a 1992, un medio e instrumento catequético para preparar a todos los colombianos a celebrar los 500 años de implantación del Evangelio en América.

Desde agosto de 1988 a julio de 1989 se realizaron las primeras misiones en las zonas de mayor conflicto y más azotadas por la violencia, el terrorismo y la muerte.

En julio de 1989, el Cardenal López Trujillo podía evaluar así las primeras misiones: “era una necesidad sentida; una acción definitivamente evangelizadora, para darle paso espiritual a la búsqueda de la paz, resultaba indispensable, en un país como el nuestro en donde hay un caudal enorme de reservas cristianas. Ha sido buscada la paz de muchas maneras. A momentos de esperanza suceden otros en los que se vuelve esquiva, como lejana y hasta imposible. Pero lo que es imposible para los hombres no lo es para Dios y, por tanto, cuando de acercar los corazones se trata, tampoco para la Iglesia, por la cual circula la gracia de Dios. La Misión Nacional de Reconciliación comenzó en sectores duramente golpeados por la violencia: Urabá, Barrancabermeja, Ariari, la Zona Nororiental de Medellín. Ha dejado frutos y una huella profunda de evangelización que se traduce en respeto y amor a la vida, a la dignidad humana en la realidad arraigada en el Cristo de la Reconciliación. Él es quien nos reconcilia con el Padre y con los hermanos” (Boletín informativo No. 3, pág. 1, junio-julio de 1989).

El Santo Padre nos conforta con su oración

Por petición de la Conferencia Episcopal, Su Santidad Juan Pablo II colocó en las manos del Señor la empresa de la Misión Nacional de Reconciliación con su hermosa plegaria divulgada profusamente el 15 de febrero de 1989, desde la Basílica Metropolitana de Medellín, en el marco de una Solemne Celebración Eucarística.

El Santo Padre, conocedor de nuestras angustias y esperanzas, eleva al cielo su clamor por Colombia: "te suplicamos que con la ayuda de tu gracia, el lema por la reconciliación a la paz se haga vida en los individuos, en las familias y en la sociedad".

El Papa es explícito. Nos invita a todos para que construyamos la "civilización del amor", único camino para una auténtica paz y una auténtica fraternidad humana.

En otro de sus apartes, decía el Santo Padre: "te pedimos que la Misión de Reconciliación Nacional, promovida por los obispos de Colombia, penetre en el corazón de todos los colombianos.

Con esta bella plegaria, la misión "echaba" a rodar oficialmente en Colombia. Su mensaje, de verdad, está calando profundamente en nuestros corazones, para hacer realidad la Misión Nacional de Reconciliación, que quiere y busca la paz para nuestro pueblo colombiano.

La Misión es un hecho que cuenta con el apoyo de todos los miembros de la Iglesia. La misión es de todos; y todos sin excepción y con espíritu misionero la estamos realizando.

Un reto de la Misión: la situación del país

El siguiente aparte del diagnóstico realizado por el Comité Ejecutivo de la Misión refleja sintéticamente la situación colombiana: "La Conferencia Episcopal de Colombia en su última Asamblea General planeó hacer una Misión Nacional de Reconciliación, como respuesta a la grave situación de violencia que azota el país, fruto del secularismo y la pérdida de valores evangélicos y morales del pueblo colombiano".

Sin detenerme a analizar las causas de esta violencia que corroen los cimientos de la democracia y de la paz del país, trataré de dar una rápida mirada a los acontecimientos más sobresalientes que oscurecen el amplio cielo colombiano, con las negras y densas nubes de sangre, muerte y terrorismo.

Los grupos de extrema izquierda como el Ejército de Liberación Nacional (ELN), el Ejército Popular de Liberación (EPL), Fuerzas Revolucionarias de Colombia (FARC), el Movimiento 19 de

Abril (M-19) — actualmente partido político oficial, por el acuerdo de paz entre sus dirigentes y el Gobierno Nacional—, como también los movimientos derivados del narcotráfico, tanto como los grupos de autodefensa, paramilitares, están desestabilizando el país con su “guerra sucia”, su cadena de secuestros y atentados terroristas de toda índole. Con todo ello, están implantando una cultura de muerte, caracterizada por una escalada constante de asaltos a pueblos, ciudades y zonas rurales.

Los tres primeros meses de 1989 nos presentan un panorama desolador. Colombia se baña en sangre. Los grupos de extrema derecha asesinan al dirigente popular de la Unión Patriótica, José Antequera. En el mismo atentado es gravemente herido el senador y político liberal Ernesto Samper Pizano. Varios sacerdotes y religiosas caen víctimas de una guerra que no tiene fin.

El 18 de agosto de 1989 es asesinado en Soacha, población cercana a Bogotá, el precandidato liberal a la presidencia de la República, senador Luis Carlos Galán Sarmiento.

Atentados terroristas del narcotráfico, como la bomba en el jet de Avianca con el macabro resultado de 107 muertos, la destrucción de la riqueza nacional con la voladura de oleoductos y torres de energía eléctrica por parte de la guerrilla, reflejan la pérdida total de los valores éticos, morales y cristianos de quienes maquinan y gestan semejantes delitos.

Hasta este momento Colombia lleva en su haber en 1989, 700 asesinatos de carácter político y 25 masacres de campesinos, de soldados, de jueces de la República y de mucha otra gente de bien, ajena a esta guerra.

Las frecuentes bombas en las grandes ciudades: Medellín, Bogotá, Cali, etc. y los atentados al edificio del Departamento Administrativo de Seguridad (DAS), a los periódicos “El Espectador” en Bogotá, y “Vanguardia Liberal” en Bucamaranga, acciones sin precedentes en el país, demuestran hasta qué punto se ha enseñoreado el poder económico del narcotráfico.

La invasión de expertos e instructores de guerra provenientes de Israel e Inglaterra compromete la seguridad nacional y en algunos momentos pone en crisis la autoridad del Gobierno y de los militares.

La situación para la Iglesia no deja de ser preocupante. La Misión se desarrolla en este clima de inseguridad y de violencia. En

algunas partes, la participación táctica de la guerrilla ha impedido, mas no del todo, la realización libre de las jornadas misioneras. Con la convicción y la plena libertad que da el Evangelio de Jesucristo, el amor a la Iglesia y la opción por la paz y la reconciliación de los hombres, la Misión no se detiene.

Algunos grupos y movimientos (que dicen pertenecer a la Iglesia) se dedicaron, apoyados por organismos internacionales, a desprestigiar las acciones de la Iglesia y del Episcopado. Llegaron a calumniar a un número no pequeño de obispos y al Señor Nuncio de Su Santidad. Estas desmedidas "calumnias", no hay otra explicación, desembocaron en actos de aversión a la Iglesia. La muerte de Monseñor Jesús Emilio Jaramillo Monsalve, obispo de Arauca, el 2 de octubre de 1989, es otro eslabón de esta cadena interminable de asesinatos que duermen en la impunidad. El Ejército de Liberación Nacional, Frente Domingo Lain Sáenz, aceptaba la autoría del crimen con las siguientes palabras: "Asumiendo la confrontación ideológica con el Estado, determinamos el ajusticiamiento del obispo Jesús Emilio Jaramillo, por delitos contra la Revolución..." (Boletín Liberación No. 28. ELN).

Los últimos momentos de este Santo Mártir obispo colombiano sólo han quedado grabados en las mentes de quienes cometieron tan horroroso crimen.

La muerte de Monseñor Jesús Emilio Jaramillo conmovió el alma de la catolicidad colombiana; sin embargo, es doloroso constatar que algunos medios de comunicación no le dieron la importancia que tal acontecimiento causó en el corazón de los colombianos.

La guerra no se detiene. Con la muerte de Gonzalo Rodríguez Gacha, uno de los jefes más importantes del narcotráfico en el país, se pensó que vendría un tiempo de relativa calma. Los grupos apoyados por el narcotráfico como los extraditables, le propusieron al Gobierno una tregua. En la penumbra queda el sabor a un "cierto acuerdo bilateral entre estas fuerzas y el Gobierno".

1990, año de expectativas políticas, nace en el horizonte colombiano con las mismas características de guerra y de violencia del año anterior.

Las elecciones recientemente pasadas (11 de marzo) expresaron claramente el deseo del pueblo colombiano de un cambio profundo de las instituciones. La séptima papeleta, sin estar respaldada por el gobierno nacional, demostró la fuerza de la juven-

tud colombiana que propende por una Asamblea Constituyente que oxigene los estamentos políticos y gubernamentales.

Salvo esporádicos brotes de violencia, las elecciones para elegir cuerpos colegiados (Senado, Cámara, Asamblea de Departamentos, Concejos Municipales y alcaldes) transcurrieron en relativa paz.

El sorpresivo asesinato del candidato de la Unión Patriótica, Bernardo Jaramillo Ossa (marzo 21) por acción criminal de un menor de 16 años, además de conmover al país, puso de manifiesto hasta dónde ha llegado la osadía de los grupos violentos que están utilizando a la niñez y a la juventud colombianas para llevar a cabo sus propósitos. Es un gran reto para la Iglesia, gestar una pastoral, sobre todo urbana, en los barrios más pobres y marginados que contrarresten los oropeles del dinero y de la vida fácil ofrecidos por el narcotráfico.

Conclusión

El anterior panorama no es ajeno a la Iglesia. Hoy más que nunca, los obispos se sienten interpelados por la realidad. La Misión Nacional es una respuesta concreta. Estamos esperando sus frutos. Tenemos la confianza y la esperanza de que la aurora de la paz despunte para todos los colombianos y que Cristo "el Príncipe de la Paz", "el Sol de Justicia", ilumine y transforme nuestra situación.

La Iglesia colombiana espera los frutos de la Misión porque confía en el Señor y en su Madre Santísima. La Misión gira en torno al Evangelio y al Hombre colombiano. Después de casi dos años de intenso trabajo de miles de misioneros entre obispos, sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas, seminaristas y laicos, la evaluación es positiva. La Iglesia de Colombia siente que en su interior se está gestando un nuevo modo de vivir y de ser Iglesia: ser misionada y misionera a la vez.